

FERNANDO PERIQUET y JOSÉ CAMERO

Wup

La conquista del marido



MUSICA DEL MAESTRO

LUIS FOGLIETTI



A Conrado Mayo.

Carino, amistad y agradecimiento, se dedica con esta abrilla de
affo
Jose' Ramero
Lover

20 - 9 - 907

LA CONQUISTA DEL MARIDO

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia

T. BORRAS

N.º de la procedencia

4376

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

LA CONQUISTA DEL MARIDO

PASATIEMPO LÍRICO EN UN ACTO

ORIGINAL DE

FERNANDO PERIQUET y JOSÉ GAMERO

música del maestro

LUIS FOGLIETTI

Estrenado con extraordinario éxito en el TEATRO ESPAÑA de Madrid,
la noche del 29 de Agosto de 1907



MADRID

R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 11

Teléfono número 551

—
1907

A Antonio Paso

*A tí que prohiaste esta obrita en
Zaragoza y que con gran cariño la
has puesto en Madrid, te la dedican
tus agradecidos y buenos amigos,*

José Gamero. Fernando Periquet.

Luis Foglietti.

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

| | | |
|-------------------|-------|---------------------|
| HERMINIA..... | SETA. | CARMEN ANDRÉS. |
| CLARA..... | | ANTONIA S. JIMÉNEZ. |
| UNA DONCELLA..... | | LEOZ. |
| PEPE..... | SR. | ALLENS-PERKINS. |

Época actual.— Son las siete de la tarde

Derecha é izquierda, las del actor

NOTA

Herminia (25 años.)—Mujer lujosa, elegante en extremo, picaresca y distinguida.

Clara (20 íd.)—Hermosa, pero vulgar, casi mojígata. Viste con exagerado mal gusto: su aspecto no causa risa.

Pepe (30 íd.)—Hombre de mundo.



ACTO UNICO

Gabinete íntimo, muy lujoso, pero no distinguido. Ventana practicable en segunda derecha. Varias puertas. A la derecha mesa ó velador modernista. Al levantarse el telón, óyese lejano un baile al piano, y el taconeo de una persona que danza.

ESCENA PRIMERA

CLARA y PEPE. Ella llorando. Él, tratando de calmarla. Ambos por el fondo

- CLARA (Refiriéndose al taconeo del piso superior.) ¡Baila, baila, mala mujer, mientras yo lloro!
- PEPE Pero Clara, atiéndeme. (1)
- CLARA No, no me convences.
- PEPE Sé razonable. Entrás en mi despacho de puntillas, á traición...
- CLARA Si no me oíste fué porque llevo zapatillas de fieltro. Nada de traición.
- PEPE Pero, ¿hay algo más traidor que unas zapatillas de fieltro? Llegas hasta mí, miras lo que escribo y porque ves en un pliego la palabra «Vecina» armas todo este jaleo. Dí

(1) Clara—Pepe.

- que se te ha puesto entre ceja y ceja la vecina de arriba y ves sombras en mis actos más inocentes.
- CLARA Pues entonces ¿qué ibas...?
- PEPE Ya te lo he dicho cien veces: empezaba unos versos. ¿Está prohibido hacer versos acaso? Pues si no lo prohíbe ni la ley de jurisdicciones, ¿por qué no he de hacerlos?
- CLARA Pero si tú jamás has versificado.
- PEPE Cierto.
- CLARA ¿Y á los nueve meses de matrimonio, sales con eso?
- PEPE ¡Como podías tú salir con... otra cosa! Hace un momento, molestado por esos ruidos, pienso en los inconvenientes de la vecindad, y empiezo unos ovillejos con la terrible palabra: «Vecina...» Entrás tú... y; Port Arthur.
- CLARA ¡No, y no! Esa vecina te sorbe los sesos.
- PEPE Ni los sesos, ni nada.
- CLARA Te atrae, te subyuga, te arrastra, te fascina... te...
- PEPE No sabía yo que esa señora fuese capaz de hacerme tantas cosas.
- CLARA Y en cuanto sales á la escalera, tropiezas contigo.
- PEPE (¡Ojalá!)
- CLARA Sueñas en voz alta y siempre dices lo mismo. (suplicante.) «¡Señora, por Dios!»
- PEPE Eso te prueba mi inocencia. Si entre esa señora y yo mediase algo, ni invocaría á Dios ni la llamaría señora.
- CLARA Palabrería. (Redoblando el llanto.) Y yo no resisto más. (Se sienta.)
- PEPE Pues, hija mía, si no te bastan mis explicaciones, sigue llorando. Yo me voy á tomar mi acostumbrado baño, y luego á cenar al Círculo. Y esta noche te acuestas con mi mamá política. Con ninguna otra persona podría importarme menos. (Medio mutis primera izquierda. Pausa. Intentando reconciliarse.) ¿Te arrepientes? ¿Me das un beso?
- CLARA ¡Déjame! (Furiosa.)
- PEPE (Yéndose.) Vaya: sigue llorando. Hasta mañana. (Vase canturreando.)

ESCENA II

CLARA. Después de llorar aparatosamente, levanta los ojos, y al ver que Pepe no está allí, se serena de súbito y recobra energía.

¡Ah! ¡Se ha ido! ¡Me deja sola, abandonada!
(Con resolución.) Pues no me conformo: (Toca el timbre.) no quiero arrinconarme. Ahora verá esa pécora si tenemos ó no agallas las personas honradas... (A la Doncella, que aparece.) Sube al primero derecha, y le dices de mi parte á... á la señora de la casa que baje inmediatamente: ca'ó urgente. (Va á irse la Doncella.) ¡Ah! Pideselo por favor. (Vase la Doncella.) No me cabe duda. Esa mujer es de historia, pero no sagrada. Es de las que llaman de gancho. Pero, ¿cómo será el gancho, ese gancho que yo no tengo? Por algo me dice siempre Pepe: tú eres buena, guapa, pero te falta una cosa... Y nunca me dice qué cosa es esa. ¿Si será cosa de él... bromas, cháchara suya?... Pero de aquí no paso. Hoy acabo con esa pécora; porque no hay duda: debe ser una tarasca.

ESCENA III

CLARA, HERMINIA y DONCELLA

DONC. (Anunciando á Herminia, que aparece en provocativa y deslumbrante 'toilette'.) La señora de...
HER. De Giralda. (Con dulce entonación.)
CLARA (Sorprendida.) ¿El pintor famoso? (1)
HER. El mismo. (Vase la Doncella. Clara indica asiento á Herminia.)
CLARA Y su marido... (Con escama.)
HER. En Holanda, estudiando. (Con sorna.) Volverá pronto.

(1) Clara—Herminia.

- CLARA (Rompiendo á llorar.) Soy muy desgraciada.
HER. ¡Señora!
CLARA ¡Desgraciadísima!
HER. Bien, pero yo...
CLARA Sí, usted, usted...
HER. ¿Qué? Acaso puedo yo hacer algo...
CLARA Todo.
HER. ¿Cómo?
CLARA No sé fingir, y lo diré de una vez. (Llorando y con dulzura.) Yo la he llamado á usted para insultarla, para extrangularla.
HER. (Dulcemente.) ¿Y para eso me llama usted con urgencia, y vengo yo corriendo? ¡Está usted loca!
CLARA Sí: de amor. ¿Usted conoce á mi marido?
HER. Tal vez.
CLARA Pues él á usted sí. (Con intención.)
HER. Me parece que ni usted ni él. (Con altivez.)
CLARA No quise ofender.
HER. Por ese camino acabaremos antes. Usted, celosa, quiere que yo me vaya de esta casa, de Madrid, á ser posible, que la deje á usted en paz. ¿Es eso? Pues bien, accedo á mudarme: ¡ya ve usted si soy complaciente!, si antes de veinte minutos no me pide usted que me quede. Pero me ha de prometer usted no ofenderse por cuanto la diga.
CLARA Prometido.
HER. Y animar esa cara, y hablarme con alegría. La alegría es media vida. (Pausa.) Su marido de usted, es cierto me ha mirado varias veces, como siempre miran los hombres.
CLARA Con amor...
HER. No. Con hambre. Pero hay manjares que están diciendo: «¡Comedme!» y no se comen. Y yo soy de esos manjares.
CLARA Pero él...
HER. Hija mía: él puede desear lo que quiera: eso es irremediable. ¿Usted cree que existe alguna mujer que no haya sido deseada con el pensamiento, por lo menos? Eso no lo evita nadie. Fuera de lo del pensamiento, crea usted que su marido y yo estamos como

Moret y Canalejas. Pero vamos á cuentas; ¿usted quiere á su marido?

CLARA

Mucho.

HER.

Y ¿en qué consiste ese cariño?

CLARA

Pues... no sé... en eso... en quererle siempre cerca de mí, dándome calor con su persona...

HER.

Hija, eso no es un marido: es un boá. Hablemos claro: usted quiere á su marido porque es buen mozo, porque es elegantón, porque sabe á usted hacerle mimos. Pero el hombre, ¡hombre! al fin! se ha cansado de mimos, como usted también se cansaría.

CLARA

¿Yo? ¡Jamás!

HER.

Vamos, sea usted sincera, ¿no se ha cansado usted nunca?

CLARA

Nunca, palabra. Antes se ha cansado él. Ya ve usted el caso que me hace. La mayor parte de las noches las pasa fuera de casa.

HER.

¿Dónde?

CLARA

El dice que por ahí, andando... andando...

HER.

Se comprende el cansancio si anda toda la noche. Pues esa es la cuestión, que no ande, que se quede en casa, no siempre, pero sí á menudo.

CLARA

¿Y cómo se consigue eso?

HER.

¡Ay, hija mía, bendita sea la inocencia!

¿Cuántos años me echa usted?

CLARA

Pues...

HER.

Sin vacilar.

CLARA

Veinte.

HER.

Veinticinco.

CLARA

¡No es posible!

HER.

Lo es. Me casé á los veinte. Pues pese á los cinco de matrimonio, mi marido como el primer día: seguimos en los veinte. Yo dedico mi existencia á conservar mis encantos. Cuanto se publica en París, en Londres, en New-York sobre la belleza de la mujer, todo lo leo y todo lo practico. Al hombre se le puede acostumbrar á todo menos á la vejez. ¿Usted come siempre un mismo manjar? En la vida todo cansa. El hombre necesita siempre mujeres, así, con ese.

- CLARA ¡Ah, si sólo fuera con esel
HER. Los únicos ejemplares humanos, raros también, de constancia, son las mujeres. Y aun, ¿sabe usted por qué? Porque no se nos asegura el sustituto, que si nos lo asegurara... No sé quien ha inventado la palabra fregolismo. Pues bien; el fregolismo es nuestra salvación.
- CLARA ¿Y qué es el fregolismo?
HER. El arte de cambiar lo más rápidamente posible de traje físico y moral. ¿Usted cree, querida mía, que su marido de usted puede sentir algo por una mujer con ese traje, con ese peinado, con esas infames zapatillas?... No, mi querida...
- CLARA Clara.
HER. Clara; es preciso ser prácticas. ¿Quién es el mayor enemigo de la mujer? ¿La mujer? Pues, ¡guerra á las mujeres!
- CLARA Eso, ¡¡guerra!!
HER. Yo divido las mujeres en blancas y negras. Las blancas somos las honradas. Y yo, he declarado la guerra á las negras. ¡Ve usted cada una por esas calles! (Se levanta.) ¿Que se ciñen el vestido? ¡Yo, más! ¿Que taconeán fuerte? ¡Yo, más! ¿Que enseñan la pierna? ¡Yo, más! Que...
- CLARA (Con calor y levantándose.) Yo ¡¡¡más!!! La verdad es que nuestros maridos siempre nos abandonan por una razón ú otra.
- HER. Generalmente, por otra, que suele ser de las negras. Hay que batirlas con sus propias armas.
- CLARA Tiene usted razón. Al fin y al cabo, ¿no disponemos de las mismas armas que ellas?
- HER. Eso es mucho decir, pero, quién sabe. Vuelven los hombres de algunos teatros que parecen pepinos pasados.
- CLARA ¡¡Cualquiera diría que les dan veneno!!
HER. ¡Son tantas las mujeres que lo dan! ¡Así es que yo he aprendido á bailar, á cantar, á todo! Por supuesto, para mi marido solo.
- CLARA Como lo haría yo, si supiese hacerlo.
HER. Las mujeres lo hacemos todo. Es cuestión

de acostumbrarse. Al principio, cuesta, pero después no le dé usted vueltas... hembras somos las blancas y las negras.

CLARA

¿Sabe usted lo que digo?

HER.

¿Que se siente usted gris?

CLARA

No: á cuadros.

HER.

Mire usted que yo lo bailo todo, cakes, tangos, matchichas...

CLARA

Me consta.

HER.

Claro, me oirá usted con frecuencia.

CLARA

Sí, y me sé de memoria alguno de sus bailes: entre otros el que bailaba usted hace un momento.

HER.

Sí, la Zumbona. Porque yo invento bailes y los bautizo. Es facilísimo. Todo estriba en marcar el compás y las formas á un tiempo.—«Chica, me dice á lo mejor mi marido, cye lo que trae el diario: «Escándalo en Central-Kursaal.»—«Tango dislocante»...—Y antes de que se le encandilen los ojos le digo: «Será una cosa así.»—Y ya me tiene usted con las faldas por encima del moño.

Música

HER.

Es la danza más alegre
sugestiva y retozona
esta danza dislocante
que se llama la Zumbona.

CLARA

Diga, pues, cómo se baila
y le puedo asegurar
que con dos explicaciones
ya la puedo yo bailar.

HER.

Se pone el cuerpo así
dando la cara al sol.

Es una mezcla
de la matchicha
con algo de Kei-vol. (Bailan.)

Fijese.

Ahora usted.

CLARA

¿Es así?

HER.

Tres jolí.

Y ahora ya que se ha fijado
si no le parece mal,
vamos, pues, al finalito,
que es la parte principal.

Hablado

- CLARA ¡Qué bonito!
- HER. El caso es que mi marido se desternilla de risa. Y, claro, cuando alguna vez le dejo ir á recorrer cafés más ó menos teatros, ó teatros más ó menos cafés, al regreso ya sé el estribillo: «Hija, qué sosas andan las diversiones. Toda la sal del mundo está en mi casa.» Así me dice. Y como cada hombre vive en un mundo, cada hombre puede tener en casa toda la sal de su mundo. Conque, Clara, la salazón nos llama. Eche usted al fuego esa hopa de ajusticiado, esas peanas de fieltro, y vengan encajes, frou-frou, ¡mucho frou-frou!
- CLARA ¿Y cree usted que mi marido..?
- HER. Tendrá usted que echarle de casa para que pise la calle. ¿Está ahí?...
- CLARA Sí, acicalándose para ir al Circulo, cenar allí y luego...
- HER. A andar, andar.. como él le dice á usted. ¡Buenos están esos judíos errantes!
- CLARA ¡Oh, si fuera cierto lo que dice usted!...
- HER. Va usted á verlo. Permítame llamar á mi doncella por el patio interior para que no se entere la servidumbre de usted. (Acercándose á una ventana y llamando suavemente por el patio) ¡Juana! ¡Juana!
- UNA VOZ ¡Señorita!
- HER. Con la cuerda de la persiana descuelga por aquí un cesto de ropa. ¡Conquista completa, ya me entiende-! Pronto. (Volviéndose á Clara.) Es una doncella modelo. Antes de un minuto está aquí lo pedido. Es insustituible; nunca le sorprenden mis órdenes, ni las discute jamás. Tiene un pequeño defecto únicamente; que tampoco tolera que yo la discuta á ella. En cambio no es muy cara: cincuenta pesetas de sueldo: cien de sisa.
- CLARA ¡Qué derrochel! ¿Y si el marido no tiene posición suficiente?
- HER. Querida: los maridos siempre escatiman á

la mujer: nunca á las amantes. Por eso la maña de la mujer honrada, tal como están los tiempos, estriba en ser esposa y amante á la vez. Ellos con la amante nunca quedan mal. En cambio, con la mujer propia...

CLARA Como el mío. A veces dice que no puede. Negocios, asuntos financieros se lo impiden. Serán excusas, pero hay que pasar por ellas. (Aparece el cesto en la ventana.)

HER. El cesto.

CLARA Sí, el cesto.

HER. (A Juana, su doncella.) Ya está. Tira. Adiós. (Entre Clara y Herminia dejan en primer término el cesto.)

CLARA ¿Y en ese estrecho cesto, está, según usted, la felicidad? (1)

HER. A veces en algo más estrecho que un cesto. Conque, manos á la obra. Me ha caído usted en gracia, me encanta su inocencia y ya que los celos nos unieron quiero demostrarla que no debe usted sentirlos por mí. Empiezo. (Mientras habla va ordenando los objetos contenidos en el cesto.) Es un curso completo en una sola lección; pero, hija, la asignatura-hombre; ya ve usted si tiene capítulos y la aprobamos también con una lección. Y sin explicaciones. Al avío. Forzosamente he de ejercer de camarera. Ante todo, fuera esas horribles zapatillas. Las medias han de ser blancas... (Reparando en ellas.) Pero veo que ya las lleva usted. (El diálogo marca las situaciones. El caso es que Herminia aproveche la natural belleza de Clara para transformarla de mujer mojigata en una seductora hembra.)

CLARA Sí; son como las que llevé en mi boda.

HER. Con zapato...

CLARA Negro.

HER. Mal, retomal. La media blanca exige zapato blanco, sobre todo dentro de casa. No hay color que revele mayor limpieza, ni que mejor marque la línea. ¿Lo ve usted? El tacón alto aburbona el pie.

(1) Clara--Herminia.

- CLARA
HER. ¡Qué bonito!
 Métase usted ahí y á vestirse. (Señalando á la primera derecha; Herminia sigue la conversaci3n desde la escena.) Ahí van estos pantalones también. Son pequeños, pero de lo malo, poco. El pantal3n de mujer la desfigura. Así como el de hombre, la transfigura. La he dicho á usted que se vistiera ahí porque ese cuarto no tiene ventanas. Aquí podría haber curiosos.
- CLARA
HER. ¡Como no fuese mi marido!
 Los maridos á lo sumo son limpios, pero jamás curiosos. (Acercándose á la primera derecha.) ¡Bien! ¡Muy bien! Me sorprende usted. No suponía yo en usted tantos atractivos. Así. En cuanto la vea así su marido, le interesará usted como si fuese la mujer de otro.
- CLARA
HER. ¿Y el corsé?
 Aquí está.
- CLARA
HER. ¿Pero habré de desnudarme...?
 No. Se coloca sobre los pantalones. Así no se deforma la cintura. Sea usted siempre artista. (Sale Clara con falda frou-frou y corse suspiro.) Está usted demoledora. Esos encajes desvanecen: esos tacones bambolean. Y ese es uno de los secretos de la mujer: saber bambolear-se dentro de sí misma.
- CLARA
HER. Pero, ¿esto es un corsé?
 No: es un pretexto para no llevarlo. Con esto quedan libres los movimientos: la hembra se desarrolla, crece todo sin trabas. Además, se quita y se pone en un instante cuantas veces sea preciso. ¡De ahí el nombre de suspiro!
- CLARA
HER. ¡Qué comodidad!
 No lo sabe usted bien.
- CLARA
HER. Dijo usted que estos corsés se llaman «Suspiro», ¿y por qué?
 Porque se desabrochan automáticamente con un suspiro. Por supuesto, ese suspiro ha de ser un poco fuerte, y sobre todo oportunísimo. Esta falda. (Cogiéndola.) ¿Oye usted su frou-frou? Esta musiquilla, este susurro es un canto de sirena para el hombre. La bata. (Le ayuda á ponérsela.)

- CLARA Imperio puro.
HER. Imperio y puro... ¡Un colmo! Ahora, adelante el busto, arqueados los brazos. Y al andar deje usted que todo cimbree. (Pasea.) ¡Eso! (Oyese el rechinar de unos goznes, izquierda.)
- CLARA Mi marido que sale de su cuarto y viene aquí. ¡Y querrá entrar!
HER. Déj-le; está usted á punto. Yo me meto ahí. (Señalando primera derecha.)
- CLARA Y si él, en la intimidad...
HER. Retrase usted las intimidades... por el pronto yo las evitaré. Pero, ¡por Dios! no se quede usted corta.
- CLARA ¿Corta? (Con decisión.) Desde hoy abomino de las cortas.
HER. ¡Duro con la Zumbona! (Vase.)

ESCENA IV

Música

CLARA y PEPE, vestido de frac, con sombrero y abrigo. Antes de aparecer Pepe, Clara baila exageradamente con igual música que en la escena primera. Pepe la contempla con sorpresa, primero; con delecte, después. Clara finge no verle y prosigue abstraída el baile

Hablado

- PEPE ¡Clara! ¡Clara! ¿Cuándo has aprendido eso?
CLARA ¡No hace poco tiempo que me lo enseñaron! Lo que hay es que nunca se me ha ocurrido bailar delante de tí. Además, que yo no doy ninguna importancia á esto.
- PEPE Repite, repítelo.
CLARA Repetir, cansa, y no es higiénico. Todos los maestros coreográficos lo aconsejan así.
- PEPE ¿Y cómo se llama ese baile?
CLARA La Zumbona.
PEPE Tiene gracia. Pero esta bata... (El se acerca. Ella se retira.)
- CLARA Te sorprende...
PEPE Ese calzado...

- CLARA Lo uso á solas. Es el de mi boda.
- PEPE Juraría que aquel era negro.
- CLARA Blanco.
- PEPE Negro.
- HER. (Dentro.) A cuadros.
- PEPE ¿Eh?.. ¿Quién ha ..?
- CLARA No hagas caso: fué una voz en el patio. Pero, ¿no te ibas al Círculo?
- PEPE ¿Al Círculo? (Con sorna.) ¡Puede!... ¿Tienes empeño en que me vaya? (Deja el sombrero.)
- CLARA No. Al contrario, me sorprendería que te quedaras. Como me hablaste de cenar en el Círculo...
- PEPE Sí, lo hablé... (Se quita el abrigo)
- CLARA Entonces, adiós. (Pepe la ve partir)
- PEPE Me dejas. Quieres que me marche. Pues no, Clara, no. (Avanza sobre ella. Herminia aparece. Pepe queda suspenso. Clara se adelanta á presentar á Herminia)
- CLARA La señora del gran pintor Giralda. Tuvo la atención de hacernos la primara visita.
- PEPE (¡La vecinal!) (Inclinándose.) (Me pareció más guapa.)
- HER. Su señora, á quien he tenido el gusto de conocer hoy, me dijo que iba á comer sola. Mi marido está en el extranjero y tendrá un gran honor en que me acompañe á la mesa. Venía á buscarla.
- PEPE Pero...
- HER. Los maridos son ustedes todos unos pícaros. No saben vivir sin el Círculo.
- PEPE Sí, señora. Pero hoy precisamente...
- HER. (Cogiendose del brazo de Clara.) No niegue usted; es viejo achaque. ¿Vamos, Clara?
- CLARA (Indecisa.) Vamos...
- HER. (Aparte á Clara.) ¡Ay de usted si abdica!
- PEPE Yo volveré temprano... Sólo tomaré en el Círculo un *piscolabis*. Estoy algo indispueto.
- CLARA ¿Tú? ¿Estás malo?
- PEPE No; una ligera molestia.
- HER. Pues entonces hace usted bien en no cenar fuerte. Le conviene á usted algo de dieta.
- PEPE ¿Dieta?
- HER. Beso á usted su mano,

- CLARA Pepe... (Indecisa, pero dejándose arrastrar por Her-
minia.)
- PEPE (Atolondrado. Aparte.) Dieta...
- HER. (Yéndose por el fondo.) Pues decía á usted an-
tes, con el poeta,
«que es una gran verdad veo,
aunque tarde se conoce,
que más aun que en el goce
está el goce en el deseo».
- (Suben hacia el foro.)
- PEPE ¡Dieta!.. (Sentándose con desaliento.)
- HER. ;Este ya está conquistado!
- CLARA ;Conquistó usted á los señores!
- (Bajando las dos al proscenio y con mucha coquetería.)
- HER. (Al público.)
- CLARA ;No me pongas mala cara!
;Un aplauso á los autores!

TELON

Precio: UNA peseta